

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

1ª lectura (Génesis 3, 9-15.20): *¿Dónde estás?*

Salmo (97, 1.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo»*

2ª lectura (Efesios 1, 3-6.11-12): *Nos eligió antes de crear el mundo.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *Alégrate, el Señor está contigo.*

La palabra “modelo” es ambivalente porque puede designar a la persona que un grupo humano exalta y quiere seguir o imitar un personaje de la historia; de la política; de la religión...; y también designar a esos jóvenes de medidas físicas deseables, variables según dicten los cánones de la moda: lánguidos o marcados; mórbidos o severos; sensuales o rígidos. Los primeros son por sí mismos fuertes, firmes, con límites precisos. Los segundos son cambiantes, mutantes, indefinidos.

Los modelos no son nocivos; los más jóvenes necesitan “modelos” de referencia para configurar su personalidad. Sin embargo la palabra “modelo” es también ambigua porque no va inseparablemente unida a la bondad, a la belleza, al bien. Un modelo a seguir se puede promover o se puede deplorar, según nuestros criterios. Los jóvenes pueden tener unos modelos que atemorizan a sus padres (cada uno piense lo que crea más conveniente): ¿cómo puede imitar a tal personaje?, dicen alarmados.

También estamos ante un término a su vez muy ambicioso, porque ¿de qué persona podemos decir, sin titubear, que sea un modelo a seguir? Muy pocos pasarían un examen riguroso si lo midiéramos con criterios morales, espirituales, psicológicos, políticos... Haz la prueba, haz tu lista de modelos. Luego compárala con la que harían tus hijos, sobrinos o nietos. ¿Encontraríamos alguna coincidencia? No nos engañemos los modelos suelen pasar de moda. Los cantantes, filósofos, políticos que configuraron nuestra juventud y madurez, no tienen por qué ser (de hecho no lo son) modelos para los jóvenes de hoy. Son “modelos demodé”

Pasemos a la vida religiosa: ¿Jesús fue un modelo? ¿María fue un modelo? Esta afirmación tenemos que pasarla por un doble tamiz. Primero porque la reducción de Jesús y de María a simples “modelos” no aguanta el más mínimo análisis teológico; Jesús es el Mediador de la Salvación; María es la mujer que hace posible esta mediación por su SÍ definitivo a Dios. Asimismo, tenemos que reconocer con dolor que tanto Jesús como María no pueden considerarse modelos a seguir por una buena parte de la población joven en la actualidad. Es una realidad, no deseable, pero realidad.

Sin embargo, los católicos seguimos celebrando a Jesús como Señor, como Salvador, y a María como la mujer que hizo de su vida un canto de obediencia a la voluntad de Dios desde la sencillez y la alegría absoluta. María, a quien celebramos en esta solemnidad, no conoció el pecado; su vida no fue primero un “sí” y luego un “no”. María no vivió al margen de la historia de la salvación que Dios había trazado y llevaba adelante en su pueblo; María es el fruto maduro de la obediencia creyente, es la mujer sin reservas ni para los demás ni para Dios, es la escucha plena, sin dificultades, sin estorbos.

La historia de la salvación está atravesada por mujeres que fueron “modelo”. Todas apuntan hacia la salvación que Dios trae, pero ninguna alcanza a declarar que ya está aquí, que se ha hecho realidad. Unas dudan del poder de Dios, como la estéril Sara; otras cantan el brazo fuerte de Dios salvando a su pueblo, como Miriam, la hermana de Moisés; otras suplican a Dios en su desgracia, como Ana, la madre de Samuel; otras conducen ejércitos como Débora; no faltan profetisas... la misma Isabel, la madre de Juan Bautista, el precursor, es anciana.

María se inscribe en la larga historia de las mujeres de su pueblo, pero supera a todas. No interpone la duda, como Sara, ni llora su desgracia, como Ana, ni es anciana, como Isabel, ni es guerrera, como Débora. Acoge de todas su potencial de respuesta a Dios, y lo supera con su aceptación sin límites: *«Aquí está la esclava... que se cumpla»*. María rompe con la desobediencia del ser humano, deja sus planes para aceptar sin reservas el plan de Dios.

El papa Benedicto XVI pronunció esta frase: *«Llena de gracia es el nombre más bello de María»*. Es verdad. No estamos ante una mujer agraciada, favorecida ni favorita. No es una mujer con una sensibilidad especial, sino que estamos ante el misterio mismo de la salvación de Dios que entra en el corazón de la historia no de forma simbólica, representativa, vicaria... sino encarnándose en una mujer.

El pecado es sinónimo de sublevación, de soberbia, de rebelión, de enfrentamiento violento, de resistencia a Dios... El «SÍ» de María es sinónimo de obediencia plena y absoluta, sin vacilaciones ni reparos. María no conoció el pecado; ella es *«la llena de gracia»*. Por eso, cuando hablamos de María no podemos conformarnos con decir que es un “modelo” para los jóvenes, sino que debemos entender que el título de *«Llena de gracia»* es el único que, en verdad, le hace justicia.

Ahora nos preguntamos ¿María, una mujer así puede ser “modelo” para el hombre y la mujer de hoy, del siglo XXI? Yo creo que sí. ¿Y tú?